

ECOCUENTOS 2

SOLEDAD GASMAN



© Soledad Gasman, 2017

Ecocuentos II

Registro de Propiedad Intelectual Nº 277.462

ISBN 978-956-368-764-4

Derechos reservados

ECOCUENTOS

SIETE CUENTOS PARA NIÑOS

SOLEDAD GASMAN

Abril 2016/2017

Quebrada Escobares

ÍNDICE

LA NIÑA DE LOS CERROS.....	5
LA VACA PERDIDA.....	9
EL DRON O LOS AVIONES DEL ABUELO.....	13
LA CONVERSACION DE LOS ARBOLES.....	18
CON LOS BRAZOS ABIERTOS.....	23
EL ECLIPSE ANULAR.....	30

LA NIÑA DE LOS CERROS

Mi tía Rupe sale en las mañanas a pasear a los cerros. Ella nos dice que es escaladora y cada vez vuelve asegurando que ya le falta menos para alcanzar la cima. Mis hermanos se ríen y le hacen burlas. Ellos piensan que mi tía es testaruda como un burro.

-Te tengo que contar algo- me dijo ayer, pestañeando ligero como hace cuando viene entusiasmada.

-¿Tú me crees que llevo varios intentos de llegar a la cima no?- la miré con cara de duda.

-Bueno, no podía llegar porque estaba equivocada, pero esta vez lo logré gracias a la niña de los cerros-

-¿A quién?-

-A la niña de los cerros. ¿Nadie te ha hablado de ella?-

-No-

-Escucha entonces. Hoy por primera vez no tomé el camino que creía más corto y me fui por la huella ancha dejada por la máquina hace años-

-¿Y por qué no te ibas por ahí?-

-Desconfiaba, soy un poco testaruda tú sabes. Bueno el asunto es que empecé a subir por la huella ancha. Iba llegando a la segunda curva cuando vi un romerillo florido. No me vas a creer, pero cuando ya estaba por cortar una rama sentí que alguien se paraba detrás de mí. Giré mi cabeza muy rápido y la vi-

-¿La niña...?-

-Sí. Estaba parada detrás mío con su vestido largo blanco. Iba descalza y sonreía. Yo sentí mucha calma y alegría. Me dijo que me mostraría otras flores silvestres si la seguía. Anduvimos un tramo corto. Me hizo encontrar un montón de zapatitos color amarillo. Ella los llamó calceolarias. Nunca había visto tantas y de colores tan intensos. Iban del amarillo pálido al naranja encendido. Un poco

más arriba me señaló los estaquis rosados. Largó una carcajada cuando le dije que parecían monjes de capucha y barba. Se estaba riendo y tapó su boca, para susurrarme:

-Parece que me escucharon los Sabelotodo...-

-¿Quiénes?- pregunté.

-A los Sabelotodo no les gusta que uno se ría sin ser ellos los que te hacen reír-

-¿Y qué te hacen si te ríes sin ellos?-

-Te persiguen hasta hacerte llorar- dijo largando otra risa y vi aparecer a los Sabelotodo detrás de unos litres. Venían muchos y seguían apareciendo por montones como racimos.

-¡Corramos...por ahí!- me gritó la niña y desapareció en un bosque de boldos por donde no había camino.

-¡Aaaaaaa!- grité al verlos pasar por mi lado, persiguiéndola entre los boldos, pero a medida que avanzaban fueron desapareciendo.

Cuando el último se fue como tragado por la tierra, la niña regresó a contarme que los Sabelotodo preferían hacerse humo a seguir un camino que no conocían.

Así es que sin ellos conversamos contentas y aliviadas, mientras seguíamos ascendiendo el cerro. Conocí el rosado intenso de las glandularias y los pétalos rojos como alas de mariposa de las alonsoas. Tan maravillada estaba yo con su belleza que subía y subía, hasta que sin darme cuenta llegamos a la cima, desde donde se reconoce el valle y la cadena de cerros que nos rodea como una corona descendiendo hasta el mar. Al respirar el aire de esas alturas sentí la fuerza que las aves llevan en sus alas y nombré a los Sabelotodo.

-¡Ni los nombres. Estarán por ahí escondidos, esperando hacer llorar a alguien!- me dijo la niña y empezamos a descender.

LA VACA PERDIDA

Los fines de semana salíamos a trabajar con mis papás. Ibamos en un auto rojo por los caminos de las playas. Mi papá cargaba los quesos que vendíamos, en un carro remolque. Nuestro auto era tan viejo que tuvimos que repararlo. Esos meses con el auto parado mi papá viajaba solo en bus con los quesos.

El primer fin de semana que lo entregaron partimos otra vez en él. Ese día veníamos bajando una cuesta cerca de Zapallar y encontramos una vaca atravesada en el camino. Yo iba en el asiento de atrás, giré mi cuerpo y me quedé mirándola.

-¡Paremos! Esa vaca me parece conocida- grité

-Todas las vacas son iguales- contestaron mis padres y encendieron la radio.

Abrí la ventana y me puse a mugir lo más fuerte que podía, sin quitar mis ojos de la vaca. Ella empezó a correr detrás de nosotros.

Sus pezuñas golpeaban el cemento. Su cola y sus ubres se bamboleaban. El auto subía a penas la cuesta con el carro cargado. De pronto, mi papá pinchó una rueda. El carro se desprendió y fue a dar contra un árbol, pasando al lado de la vaca que ni se inmutó. Yo me reía sola. Me bajé corriendo y le hice cariño. Era tan grande que tuve que empinarme para preguntarle al oído qué le pasaba. Sacó su lengua y me lamió la cara y la cabeza.

-¡Alicia! No dejes que la vaca te pase la lengua por la cara - gritó mi mamá enojada, pero la vaca estaba tan contenta que no me soltaba. Yo le llegaba justo al hocico.

-Mamá mira cómo me huele-

-¡Cuidado que puede tener viruela!-

-Tiene hambre, quiere queso-

-Las vacas no comen queso Alicia-

Entretanto mi papá había cambiado la rueda y ajustó el carro al parachoques otra vez.

-¡Arriba! Estamos listos...-

-Yo quiero quedarme con la vaca-

-Eso es imposible- me contestó mi papá.

-Pero algo le pasa, ¿por qué nos sigue?- pregunté.

-¡Hazle cariño y partimos!-

Le pasé mi mano y me miró otra vez como pidiéndome algo. Mis padres me llamaban, tuve que dejarla.

De Zapallar nos fuimos a Catapilco y llegamos al almacén del pueblo. Como otras veces su dueño nos esperaba con desayuno en el patio de atrás.

-Tantos meses que no venías Alicia... has crecido mucho- me dijo el almacenero mientras nos ofrecía su rico pan amasado.

-Hoy no tengo leche de la Violeta, porque alguien intentó robarla y no la hemos podido encontrar- agregó, mostrándonos cómo le daba una mamadera al ternero que se había quedado sin su mamá. Yo miré a mi papá. El almacenero continuó diciéndome que yo la debía recordar pues siempre la acariciaba en el patio. Volví a mirar a mi papá.

-Nosotros, en el camino...- empezó a contestar mi papá cuando escuchamos unos mugidos...

-¡Mamá, papá, miren, la vaca perdida viene por ahí! Nos había reconocido- grité al verla saltar el cerco...

EI DRON O LOS AVIONES DE MI ABUELO

El fin de semana pasado mi papá me trajo un dron de regalo. No sé si ustedes saben lo que es. Los drones son como autos a control remoto que vuelan y vigilan.

A mi papá le gustan mucho porque puede grabar desde el aire lo que hacen otros. Me habría gustado grabar la voz de mi abuelo. Mi abuelo me decía en secreto que su hijo era un niño todavía. Cuando lo veo llegar del trabajo y tirarse en el sillón frente a la tele o empezar a chatear con el celular, pienso que me gustaría poder hacer lo que él hace...

Desde que mi abuelo se murió, mi papá cuenta que el espíritu de su papá está enredado en las raíces de un árbol. No entiendo mucho, todos nos vamos a morir, me había enseñado el abuelo, pero eso de enredarse en las raíces es nuevo para mi. El asunto es que desde que él no está, yo estoy re mal. Vivíamos los tres juntos, pero el que jugaba conmigo era el abuelo. Mi papá ahora se queda

en la casa los fines de semana que no trabaja. En las tardes de semana ya puedo estar solo y veo pura televisión, no como antes cuando jugábamos con el abuelo. A él siempre se le ocurría cómo nos podíamos entretener.

El fin de semana pasado cuando llegó mi papá con el drón nos fuimos al sitio del lado que no tiene ni casa ni jardín, nada, sólo pasto y maleza. Mi papá se entusiasmó tanto con el drón que se olvidó que yo estaba ahí.

-Papá- lo llamé, mientras él hacía círculos con el drón en el cielo.

-¡Papá!- le grité y tampoco me escuchó. Le quería contar el juego ese que teníamos con el abuelo haciendo aviones de papel. Como mi papá seguía concentrado en su juego, me senté en el pasto.

-Echemos una carrera- escuché de pronto decir al drón cuando estaba sobre la tierra.

- ¿Qué?- contesté sorprendido, no sabía que los drones hablaran.

- Echemos una carrera- repitió

-No tengo otro drón-

-Pero tienes algo mejor - agregó

- ¿Te refieres a los aviones de mi abuelo?-

-¡Por supuesto!, vamos a ver si los aviones de tu abuelo vuelan más rato que yo-

-¿Más rato que tú? Pero si son de papel no más...- le contesté, aunque al tiro me arrepentí porque si mi abuelo me hubiera oído me habría reclamado que era un niño sin imaginación. Entonces, recordé las veces que sacábamos a volar los aviones que habíamos hecho. Cuando yo ya estaba pillándolo con el mío él tomaba el suyo, lo miraba bien serio, le daba un toque al papel y lo tiraba tan bien que el mío era incapaz de mantenerse en el aire tanto como el suyo. Es trampa, le reclamaba yo, y él me enseñaba el nuevo pliegue que le había dado a las alas de su avión.

La próxima vez, el tuyo durará más si te acuerdas de lo que te enseñé, me decía y cada vez yo creía de verdad que lo iría a ganar, cuando él otra vez agarraba el suyo y ¡sas!, liquidaba al mío.

Entonces, fui por ellos a la casa y volví al lado de mi papá. Esperé un momento en que el drón se detuviera para desafiarlo y le escuché decir descendiendo.

-Veo que viniste preparado-

-Veamos quien dura más en el aire- le propuse.

-¡A la una a las dos...!- gritó el drón sonriendo y cuando vi que empezaba a elevarse yo tire uno de los últimos aviones que habíamos construido con el abuelo. Fue todo tan rápido que no me di cuenta cuando mi avión cayó a tierra.

-Mira como sigo en el aire mientras tu avión está durmiendo allá abajo- me dijo el drón. Intentemos una vez más- agregó.

Hice los últimos acomodados a las alas, tal cual me había enseñado el abuelo. Empezaron a planear lentamente sobre el pasto para después elevarse de a poco. Ni un segundo dejé de fijar la vista en mi avión esta vez y decirle:

-¡Vuela, vuela! Abuelo Ramón, vuela, vuela. Otro poco más abuelo! Sigue volando... más, más... abueeeelooooo-.

LA CONVERSACIÓN DE LOS ARBOLES

A mis papás les gusta sentarse bajo el parrón de madera que mi tío construyó en el patio. Le he pedido a mi papá que me deje treparlo, sobre todo en invierno cuando la enredadera que lo cubre ha botado las hojas. El me contesta que es peligroso. Lo que pasa es que para él las cosas que construye mi tío no son tan seguras y parece que es verdad. Con el último temblor se le vino abajo el galpón que había levantado recién. Por suerte que mi tío estaba conversando en la esquina cuando vino el remezón. Mi mamá dice que mi tío lo que mejor hace es conversar, pero yo quiero ser maestro carpintero igual que él. Mi papá en cambio quiere que yo sea ingeniero. El dice que los carpinteros arruinan el planeta al botar los árboles.

-En cambio, los ingenieros trabajan con los números no más...-
agregó.

-¿Y, para qué sirven los números?-le pregunté.

-Si en la escuela no te han enseñado para qué sirven los números...-
me contestó.

Entonces le pedí que me explicara eso de los árboles y el planeta,
pero volvió a decirme,

-Si en la escuela no te han enseñado ...-y se quedó callado.

Al otro día llegué a la escuela y le pedí a la profesora que me explicara y ella me habló de algo que era sagrado. No sé si eran los árboles, el aire, los números o qué. Me fui donde mi tío y como a él le gusta tanto conversar, estuvimos hablando. El me contó que trabajaba con madera reciclada y que si necesitaba madera nueva, calculaba un poco y cuando los números le decían que ya había consumido la madera de un árbol, iba y plantaba uno.

-¿Pero dónde lo plantas, tío, si acá no hay espacio?-

-Conozco un parque acá cerca, conversé con los jardineros, les expliqué lo que quería hacer y ellos me enviaron a hablar con su

jefe. Hablé con él y me envió a explicarle a los dueños del parque. Eso hice y luego de todas esas conversaciones estoy autorizado para plantar cuantos árboles quiera en ese parque-

Después de lo que me dijo cambié de idea. Lo que quiero ahora es ser conversador.

-Ser buen conversador es muy difícil- me dijo mi tío, riéndose ese día.

-Para conversar tienes que escuchar, primero.

-¡Pero si eso no cuesta nada!- contesté.

-¿Te has fijado en los árboles? Ellos son los mejores conversadores- me dijo.

-No sabía que los árboles conversaban...-

Mientras mi tío lijaba unos listones de pino empezó a explicarme y justo vino su enorme gata colorina a instalarse entre medio. Primero sobó su cuerpo en las piernas de mi tío. Luego,

entre maullidos, levantó la mirada hacia lo que él estaba haciendo y finalmente se acostó en medio del listón que lijaba. Allí se lamió una pata tras otra. Cuando terminó me acordé que mi tío me estaba hablando.

-¿Cómo era lo de los árboles entonces, tío?-

-¡Pero si te acabo de explicar!- me quedé mudo.

-Es que la Chiruza... (así se llama su gata) – empecé, disculpándome.

-Cuando conversamos muchas veces oímos un ruido como el roneo de gato, pero eso no es escuchar al otro. Te decía que los árboles son los mejores conversadores del universo porque ellos silenciosamente comen las partículas de contaminación que hay en el aire y luego sacan la voz regalándonos el oxígeno que necesitamos para respirar-

- ¡Pero me dijiste que hablaban!-

-Claro, ¿no te parece que es una conversación perfecta la que ellos sostienen con nosotros?-

-Mm...- me costaba comprender la idea. Me quedé en silencio un buen rato, pensando en lo que él me había dicho. Lo que pasa es que mi tío también dice una cosa por otra, según mi mamá. Es un juego que él hace, quiere decir árbol y busca algo parecido. Es bien enredado. Hay que estar muy atento. Con el tiempo uno va entendiendo, es muy entretenido...

- ¡Yo quiero conversar como tú!- le dije después.

-Ahora lo estás haciendo. ¡Escuchaste y respondiste como un verdadero árbol!-

CON LOS BRAZOS ABIERTOS

Un buen día, un campesino llevó una pareja de patos de regalo al juez del Marga Marga. Él al recibirlos pensó que su esposa, Ralú, estaba muy sola y decidió llevárselos.

El matrimonio vivía en una pequeña parcela, en las afueras de Villa Alemana. Desde hacía un tiempo ambos se lamentaban de no haber podido tener hijos.

Cuando esa tarde el juez llegó con los patos, Ralú, sonriendo los acurrucó en sus brazos. Su marido la observó emocionado: los pequeños también la miraban y piaban. Uno era amarillo entero, el otro tenía el plumaje y el pico oscuro.

Ralú fue a la cocina y les preparó pan remojado. Luego buscó un embudo, tomó al pato amarillo y le dio de a poco en el pico. Al ver que comía contento, el juez hizo lo mismo con el de pico oscuro. El matrimonio sonreía cada cual con su pato.

A la semana siguiente, Ralú construyó una pequeña laguna y animó a los patos a que nadaran. Luego, los paseó en brazos mostrándoles los árboles.

-Ese es un nogal. Aquél un níspero- les iba diciendo.

-Ese duraznero florece rosado en primavera y da buena fruta en verano. Para ese lado vive mi amiga Romi; pero al otro lado, vive un hombre y una mujer que no les gustan los animales. Mejor que no se acerquen hacia allá- les advirtió, mientras los patos abrían tremendos ojos, escuchándola atentos.

Al mes siguiente, el juez construyó un banco frente a la laguna, y, junto a su esposa observaban cómo los patos jugaban a buscarse entre las hierbas. La humedad de la laguna llamó a otras aves y la parcela empezó a llenarse de tencas, diucas, tórtolas y chercanes. Entretanto, alguien botó un par de gatos junto al portón. Gatos y patos se entendieron lo más bien. El peluquero del juez les regaló un cabrito y su cabra...

El cabrito y la cabra eran indomables hasta que Ralú logró enseñarlos a entrar en un corral que hizo de coligües y barro. En las tardes, el matrimonio les daba un chiflido y venían a guardarse. Poco antes del anochecer, revisaban el corral, acomodando a cada animal, mientras comentaban sobre su estado: la yegua había quedado mal amarrada –porque también les había llegado una, y perros y gallinas. Uno de los perros perseguía a los patos. Los murciélagos se habían ido y habían llegado tucúqueres y lechuzas...

Rápidamente animales y aves dieron sus crías y Ralú corría cantando entre unos y otros. La camioneta del juez regresaba cargada de sacos de alimento, fardos de pasto y nuevas jaulas.

Un domingo, unos niños tocaron la campana que había junto al portón. Venían a buscar la pelota que habían perdido. Los pequeños fueron observando admirados los distintos animales que les sonreían y se dejaban acariciar. Desde ese día, no dejaron de venir hasta que sus padres también fueron a conocer el lugar. Ellos

contaron en la escuela. De esa escuela pasó a otra y a otra. Así es que no había día del año en que los animales y las aves no escucharan la campana del portón y un grupo de niños los visitara. El juez y Ralú estaban tan felices que ya no recordaban los días del pasado cuando se lamentaban de no haber podido tener hijos.

Así estaban las cosas cuando al juez lo picó una araña de rincón en una pierna. El veneno de manera milagrosa sólo recorrió su pierna, inmovilizándola. Las horas volaban ahora entre tanto quehacer para Ralú, y si no hubiera sido por la ayuda de los niños, se habría visto obligada a descuidar los animales, aunque ellos se mostraron muy comprensivos.

Fue entonces cuando la pareja vecina, aquella que no le gustaban los animales, tocó la campana y llegó en son de amistad y colaboración, aunque sus intenciones eran otras.

Los niños los guiaron en la visita. Mientras avanzaban por el sendero que llevaba a los corrales y la laguna, los animales se

inquietaron. Los gatos con sus colas erizadas fueron a esconderse debajo de la higuera. Las cabras balaban desesperadas y los patos nadaban en círculos, entre el agudo croar de las ranas. Algo pasa se decían los niños sin entender tanto alboroto.

Después de husmearlo todo con ojos bien abiertos, la pareja vecina ideó una forma de arruinar la granja. A los pocos días hicieron correr el rumor del terrible estado de salud del juez. Disfrazados de enfermeros del policlínico, regresaron para advertir a Ralú de las consecuencias de una picada de araña de rincón. La pobre mujer quedó tan atemorizada que no dudó en aceptar a la semana siguiente que ellos mismos se llevaran a su esposo a una clínica.

Venían en una Van blanca. Ralú con lágrimas en los ojos daba todo tipo de recomendaciones, y estiraba sus brazos hacia su esposo.

-No puedo acompañarte- le decía desesperada, mientras él la tranquilizaba. Los vecinos disfrazados se miraban y sonreían para sí, aunque no habían pensado en la participación de los niños, quienes inmediatamente, se ofrecieron para acompañar al juez. Los malvados alegaron que no era necesario. Los pequeños insistieron y mientras lo hacían, todos los animales y las aves de la granja empezaron a alertar de un peligro. Los enfermeros se apresuraron con la camilla. El pato de plumaje gris, como hijo mayor, se paró junto al portón a mover sus alas y graznar. Daba saltos tan altos que cada tanto alcanzaba la campana, la que tañía sin parar.

De pronto, dos niños sin hacer caso de la negativa de los vecinos, aprovecharon una distracción y se escondieron arriba de la Van. La sorpresa fue enorme cuando, al enfrentar la carretera, la pareja vecina sacándose el disfraz empezó a reír y a comentar su fechoría. El juez alertado intentó moverse sin poder lograrlo. Los

dos pequeños se preguntaban qué hacer mientras la Van corría a toda velocidad hacia un lugar desconocido.

La buena suerte quiso que los enfermeros olvidaran poner seguro a la puerta de atrás de la Van. En el primer semáforo, los pequeños la abrieron, tiraron de la camilla y apenas alcanzaron a descender cuando al dar la luz verde, la Van desapareció de su vista. Luego de avisar a los carabineros, hicieron el camino de regreso a la granja, donde Ralú los recibió con los brazos abiertos.

EI ECLIPSE ANULAR

Pedro estaba de vacaciones y aunque se acostaba muy cansado de tanto jugar, hacía varias noches que no podía conciliar el sueño. Bastaba que él pusiera la cabeza en la almohada para que Mandi, su perrita cocker, empezara con sus ladridos.

-Guau, guau, guauuuuuuu-

- Mamá, otra vez la Mandi. ¿Qué le pasará?-

-Ladra de contenta, al ver la luna y las estrellas- le contestaba su mamá, porque Mandi, Pedro y sus padres vivían en Coyahique, una ciudad al sur de Chile y de América, desde donde en esos días la luna y las estrellas se veían más claras que nunca.

Pedro se asomaba a mirar las estrellas y avisaba a su amigo Bernardo, que era dueño de un perro abandonado. Un día lo había encontrado hecho un nudo debajo de un banco en la Plaza del Pionero. Como le había llevado comida por varios días y nadie lo

reclamó, Bernardo se lo llevó a su casa y lo llamó Max. Mandi y Max eran muy amigos.

No sólo Pedro, Bernardo, Mandi y Max eran amigos, sus casas también, pues estaban unidas por un muro, de manera que los niños se asomaban a las ventanas de sus dormitorios y podían conversar, reírse y hasta jugar. Cada perro dormía bajo la ventana de su amo. Mandi se acomodaba sobre un chal celeste como el cielo y Max sobre uno negro como la noche.

A los pocos días que Mandi empezara a ladrar en las noches, Max también empezó a aullar con su voz aguda y persistente.

-Guuuuuuuuuuuuuu, guuuuuuuuu...-

Cansado de no dormir, Pedro le cambió la comida a Mandi, a ver si esa era la causa de sus quejas. Bernardo hizo lo mismo. Les cocinaron patas de pollo con arroz y luego fideos con atún, pero los dos perros siguieron con su zafacoca nocturna.

Después Pedro insistió para que llevaran a Mandi al veterinario. Bernardo también llegó ese día con Max a la veterinaria. El doctor de perros los revisó. No hubo parte de sus cuerpos que no observara y auscultara y no encontró ninguna causa para sus insistentes ladridos. Pero igual les recetó agua de hierbas. Pedro y Bernardo pusieron mucho empeño para que los dos perros bebieran el agua, pero todo fue inútil. Después los amiguitos les acomodaron sus camas con nuevos cojines y mantones.

Eran las diez de la noche cuando Pedro y Bernardo asomados a sus ventanas se decían:

- ¡Escucha cómo ladran, no me dejan dormir! - alegaba Pedro.

-A mí tampoco-

-Me contó mi mamá que los perros escuchan lo que nosotros no escuchamos- dijo Pedro.

-Mi papá me dijo que Max extrañaba a sus hermanos-

-Mañana tenemos que hacerlos correr por el parque para que se cansen más-

-Eso hace mi mamá con mis hermanos chicos...- agregó Bernardo

Los niños agotados cayeron dormidos pero los dos perros siguieron ladrando y aullado hasta el amanecer cuando, cansados de tanto sacar su voz, olisquearon las mantas nuevas y se durmieron.

Por esos días habían empezado a llegar turistas a Coyahique. Venían de todas partes del mundo y cuando los hostales y casas de arriendo estuvieron copadas, los nuevos extranjeros se ubicaron con carpas en la Plaza del Pionero. El pueblo estaba convulsionado con tantas visitas. El pan se acababa a penas salía fresco y crujiente de la panadería y había que esperar hasta el otro día para conseguir más. Los vecinos acostumbrados a vivir solos y aislados no salían de su asombro cuando unos científicos les dijeron que Coyhaique era

un lugar privilegiado para ver un fenómeno que ocurriría de un momento a otro.

Para entonces, no sólo Mandi y Max ladraban y aullaban, de a poco fueron sumándose otros perros del pueblo, hasta que una noche los habitantes escucharon por muchas horas un verdadero coro de ladridos.

Al día siguiente turistas y vecinos se levantaron con mucho sueño. Algunos bostezaban y otros se lavaban la cara una y otra vez para despertarse, porque decían que ocurriría algo extraordinario y no debían perderse el espectáculo. Los perros esa mañana se habían ubicado juntos bajo el mismo castaño en la plaza, y más inquietos que nunca ladraban y se movían.

-¡Miren el cielo!- gritó alguien de pronto y todos los rostros se volvieron hacia el cielo despejado y claro, cuando la Luna empezó a cubrir el Sol.

-¡Se está oscureciendo!- observó Pedro.

-¡Qué raro si son las diez de la mañana!- exclamó Bernardo

-¡La luna se come al sol!-dijeron unos boquiabiertos.

-¡Vean como el sol se adelgaza y va quedando sólo una línea!- gritaron los turistas en distintos idiomas.

-El cielo está negro- se abrazaron otros.

-¡Parece un anillo de fuego!- agregó el papá de Pedro.

-¡Es un eclipse anular!- señaló un entendido aplaudiendo.

Pedro y Bernardo se restregaban los ojos.

- ¡Es de día y de noche a la vez! - dijo Pedro con la boca abierta.

- Un eclipse anular- repitió Bernardo con tremendos ojos.

A penas volvió la luz, la gente aplaudió y rio contenta, los grandes se abrazaban, y personas que no se conocían se saludaban como si fueran hermanos. El jolgorio colmó la plaza, todos querían

que el instante volviera y estuvieron celebrando el acontecimiento extraordinario por horas.

-Es una experiencia única- dijo una francesa.

-¡Vinimos de tan lejos!- comentaban otros riendo contentos.

-¡Esto no se repetirá en años!- gritó un joven.

Aparte de estas voces humanas llenas de alegría nada se escuchaba en Coyhaique cuando Pedro gritó:

-¡Miren a los perros, por fin están durmiendo tranquilos!-